

Norteamérica o el mundo: el reto para Canadá y México*

Robert W. Cox**

Resumen

El artículo señala que el problema que tienen en común Canadá y México es lo que se encuentra entre ambos países. Analiza la posición que ocupan en el concierto de América del Norte, al lado de su vecino común y principal socio comercial, espacio que tiende a profundizar la integración económica y de seguridad que cuenta con la aprobación de las élites económicas y políticas de los tres países, pero con la oposición de la sociedad civil tanto de México como de Canadá, expresada con motivo de la invasión estadounidense a Irak. El autor se pregunta sobre el futuro de estas dos naciones en un contexto internacional que privilegia la unipolaridad, el pensamiento único y la lucha contra el terrorismo, lo que obliga a replantear las alianzas estratégicas continentales y fortalece la tendencia a integrarse más con Estados Unidos. Asimismo, reflexiona sobre las opciones que se perfilan, manifestándose a favor de la política de apertura al mundo como la de mayor consistencia con la evolución de las sociedades canadiense y mexicana y los valores que ellas encarnan.

Abstract

The author points out that Canada and Mexico have a common problem that lies in both countries. With respect to North America, he studies the position of both countries, their common neighbor and main business partner. Such area looks forward to have a deep economic and security integration with a strong support among business and political elites in all three countries. Nevertheless, there is opposition to it

* Traducción del inglés al español, por Alma Rosa Amador Iglesias. Este trabajo fue elaborado con motivo del XXX Coloquio Internacional de Primavera, organizado por la FCPYS-UNAM, del 16 al 21 de mayo de 2005.

** Profesor emérito del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de York, en Toronto, Canadá. Después de graduarse en Historia por la Universidad de McGill, se unió al equipo de trabajo de la Oficina Internacional del Trabajo en Montreal. Su labor en esta institución duró 25 años, durante los cuales fungió como jefe de despacho del Director General, y después como Director del Instituto Internacional de Estudios sobre el Trabajo. En 1972, ingresó como profesor de Organización Internacional, en la Universidad de Columbia, Nueva York. En 1977, se reincorporó a la Universidad de York, en Toronto, como profesor de Ciencia Política. Ha escrito sobre multilateralismo, economía política internacional, orden mundial, sociedad civil y civilizaciones. Es autor de *Production, Power and World Order. Social Forces in the Making of History* (1987), y *The Political Economy of a Plural World. Critical Reflections on Power, Morals and Civilization* (2002).

in Canada and Mexico that comes from civil society because it refuses to join the United States in the invasion of Irak. He interrogates about the future of both nations in an international context that privilege unipolarity, called "*la pensée unique*", and defense against terrorism that force to resituate the continental strategic alliances to enclose within the United States. Besides, in an inward-looking perspective the author looks for the following two answers related to the future options to Canada and Mexico: should Mexicans and Canadians think of their futures primarily in terms of their relationship with the United States as parts of a North American regional bloc in a hostile world, or should we not hedge our risks by examining the implication for each of our countries of the increasingly isolated position of the United States in relation to the rest of the world? Do we need to hunker down defensively or could we prosper with an attitude of greater openness towards the world as a whole?

Desde hace mucho tiempo, se ha dicho que Canadá y México tienen un problema en común; y ese problema es lo que se sitúa entre ellos. Recientemente, el problema ha adoptado una forma específica y aguda: la propuesta de un pacto a través del cual Canadá y México formarían algo similar a una unión económica con Estados Unidos, a cambio de aceptar vivir dentro de un perímetro de seguridad norteamericano. Esto implicaría que toda Norteamérica constituiría una sola zona militar y de seguridad. No es una exageración decir que esta entidad continental tendría inevitablemente una política exterior única —una posición común respecto al resto del mundo—. Canadá y México, debido a las asimetrías de su poder militar en relación con el de Estados Unidos, en la práctica tendrían el *status* de protectorados, lo que implicaría que las políticas económicas y sociales de ambos países quedarían totalmente ubicadas dentro de las políticas y prácticas estadounidenses.

Esta idea recibe un fuerte apoyo entre las élites de negocios y algunas élites políticas de los tres países, entusiasmo que no es compartido por la mayoría de los mexicanos y canadienses que no están en posiciones de poder económico o político. Probablemente, el proyecto ni siquiera está en la mente de la mayoría de los ciudadanos estadounidenses.

La oposición realmente proviene de la sociedad civil. El hecho de que tanto el gobierno mexicano como el canadiense, bajo fuertes presiones de la opinión pública, rechazaran unirse a Estados Unidos en la invasión a Irak, al contrario de las visiones de algunos intereses internos influyentes, es un indicador. Lo mismo puede decirse en el caso de la aparentemente vacilante decisión del gobierno canadiense de no participar en el proyecto de defensa antimisiles estadounidense.

El proyecto de profundizar la integración en asuntos económicos y de seguridad podría, sin embargo, ocurrir poco a poco, incrementándose a través de una serie de pasos en asuntos específicos, sin que los pueblos mexicano

y canadiense formen parte de él. Por ello, es importante que haya un debate público en el que cada uno pueda ser alertado de los peligros y consecuencias que dicho proyecto conlleva, para evitar que se tome una decisión mayor de manera furtiva o inadvertida. En este sentido, podemos estar agradecidos por la iniciativa que tomó el Consejo de Relaciones Exteriores, en Nueva York, de presentar una parte del argumento de su Fuerza de Tarea Independiente sobre el Futuro de Norteamérica, encabezado por el ex secretario de Hacienda de México, Pedro Aspe, el ex primer ministro de Canadá, John Manley, y el ex gobernador de Massachussets, William Weld, quienes han preparado una amplia propuesta llamada "Creando una comunidad norteamericana".

Su análisis deriva, en primera instancia, de la primacía que el gobierno de Estados Unidos otorga a la seguridad en la "guerra contra el terrorismo". Todo en la política estadounidense comienza con el 11 de septiembre. Las consecuencias para Canadá y México se ubican en las fronteras con Estados Unidos, afectando los movimientos de comercio y personas. También se ubican en la preocupación de Estados Unidos por la seguridad en el abastecimiento de energía, que depende significativamente del petróleo proveniente tanto de México como de Canadá. La Fuerza de Tarea propone que estos asuntos podrían resolverse con la delimitación de un perímetro de seguridad que controlaría el movimiento de personas y bienes que ingresan al espacio norteamericano; y dentro de esta zona se desarrollaría una unión económica virtual que permitiría un acceso sin restricciones a los recursos. El comercio y la inversión fluirían libremente (o al menos eso se supone, porque no pueden ignorarse las actitudes proteccionistas del Congreso de Estados Unidos ante cualquier compromiso internacional). Esto podría superar algunos de los obstáculos al comercio canadiense con Estados Unidos que se han presentado en el marco del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Una acción respecto al asunto de la migración mexicana ilegal hacia Estados Unidos está incluida en el programa de inversión propuesto para el sur de México, donde se origina la expulsión de migrantes. Entonces, el argumento en pro de la comunidad norteamericana se presenta no sólo como defensa contra el terrorismo del exterior, sino también como una respuesta a la creciente competitividad comercial de las potencias económicas emergentes, como China, India y la Unión Europea.

Esta es una introspección respecto a una América del Norte que se percibe amenazada por el exterior. Más que examinar minuciosamente cada uno de los elementos constitutivos de esta visión de una fortaleza norteamericana con un mercado interno funcionando fluidamente, me gustaría

reubicar la propuesta en un contexto global. ¿Deberían los mexicanos y los canadienses pensar en su futuro, primero, en términos de su relación con Estados Unidos como partes de un bloque regional norteamericano en un mundo hostil, o no deberían restringir sus riesgos, examinando las implicaciones, para cada uno de ellos, de la creciente posición de aislacionismo de Estados Unidos en relación con el resto del mundo? ¿Necesitamos inclinarnos en actitud defensiva o debemos avanzar con una actitud de mayor apertura hacia el mundo en su conjunto? Me gustaría abordar el caso posteriormente, argumentando por ahora que la política de apertura es más consistente con la evolución que han tenido las sociedades canadiense y mexicana y con los valores que encarnan. Primero, debemos observar la situación de la política mundial, pues la postura cambiante de Estados Unidos en el mundo incrementa este reto para Canadá y México.

Al comienzo del siglo XXI, no existe una estructura general dominante de poder mundial. Existen tres configuraciones de poder en rivalidad, y ninguna es capaz por sí misma de establecer un orden mundial legítimo, pero todas participan, en mayor o menor grado, en la determinación de cómo debe evolucionar ese orden mundial.

Lo que se ha dado en llamar el "Imperio americano", o simplemente "Imperio" es una estructura del poder mundial centrado en Estados Unidos, que traspasa las fronteras y se extiende a través de vínculos económicos, militares, de colaboración en inteligencia y de influencia ideológica y de las comunicaciones no sólo hacia los aliados, sino también, de manera informal, hacia gran parte del resto del mundo. Ésta es la primera de tres configuraciones de poder existentes.

La segunda es el sistema del poder estatal, el residuo del concepto de los Estados soberanos e independientes consagrados en la Europa del siglo XVII por el Tratado de Westfalia y su expansión por todo el mundo durante la era del dominio europeo. Este sistema ha creado el derecho internacional y, en nuestro tiempo, a las Naciones Unidas como sus mecanismos regulatorios.

La tercera configuración de poder es mucho más laxa, está menos estructurada que las otras dos y ha estado presente, a nivel global, en una época más reciente. Se trata de la sociedad civil o los movimientos sociales, que se han hecho más evidentes recientemente, con la reacción popular contra la globalización económica y la invasión angloamericana a Irak, aunque ha sido activa por mucho tiempo a favor de la protección ambiental y los derechos humanos.

Detrás y en las profundidades de estas tres configuraciones de poder rivales, yace un mundo secreto que incluye al crimen organizado y a las

llamadas organizaciones “terror stas”. Las redes de terroristas conspiran para corromper y destruir a los poderes establecidos; el crimen organizado es un parásito que vive del poder establecido y, al mismo tiempo, en simbiosis con él.

Las tres configuraciones de poder en el mundo se superponen geográficamente y no están limitadas por las fronteras, tienen puntos de concentración geográfica, pero están en competencia en todas partes, manteniendo los reclamos rivales de legitimidad, aunque la expansión del mundo secreto, tanto en sus aspectos subversivo y parasitario, socava la legitimidad en todos lados.

El futuro del “Imperio”

Es fácil aceptar el fenómeno del “Imperio” como el principal hecho en relación con la situación actual de los asuntos mundiales; pero es importante mirar de manera crítica sus orígenes y perspectivas. Con frecuencia se hace una analogía con Roma en sentido retórico —Estados Unidos como la nueva Roma—. El aura del Imperio romano duró alrededor de 200 años después del declive del poder romano. Los ejércitos bárbaros invadieron el Imperio romano no para destruirlo, sino para fusionarse con él y tomar el poder desde su interior. Las fuerzas espirituales provenientes de Medio Oriente penetraron a través del Imperio y tomaron la forma institucional de Roma en la Iglesia católica. Las autoridades políticas sucesoras invocaron la legitimidad de Roma.

Dicho paralelismo es aplicable al caso de Estados Unidos, pues el poder estadounidense ha provocado un efecto de diferenciación con otros pueblos. Sus ciudadanos no se esforzaron para fusionarse en un todo imperial homogéneo, sino que destacaron sus propios rasgos distintivos. La influencia de Estados Unidos tuvo una cualidad benigna, con frecuencia bien aceptada en el exterior, en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; pero ahora es vista con gran escepticismo. Los valores americanos que alguna vez inspiraron las garantías universales como base para la vida política y social, que fueron ampliamente admirados —si no es que emulados—, se han vuelto más cuestionados y más ambiguos. Los términos “democracia” y “liberación” se han transformado para referirse a mercados abiertos y ocupación militar. Incluso la seducción de la cultura material estadounidense se vuelve irónica. Mucho se ha pensado sobre el “poder suave” de Estados Unidos: que su atracción hacia los demás países puede ser más fuerte que el

“poder duro” de la coerción militar y económica. Sin embargo, la relación entre “poder duro” y “poder suave” ha sido inversa, más que complementaria. La aplicación agresiva del “poder duro” en los últimos años ha disipado los beneficios del “poder suave” utilizado en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El “Imperio” americano puede parecer la fuerza militar y económica predominante en el mundo. Es menos estable y menos durable de lo que parece en primera instancia. El unilateralismo de Estados Unidos y el uso de las “coaliciones de buena voluntad”, impacientes ante la oposición de la mayoría de los Estados y pueblos, han separado el ejercicio del poder americano de la legitimidad del consenso universal. El apoyo sostenido del público americano a la intervención militar en el exterior es incierto, y la capacidad de las fuerzas americanas para construir administraciones viables en los territorios ocupados se ha vuelto muy dudosa.

Después de los ataques del 11 de septiembre, un presidente estadounidense, cuya legitimidad en las elecciones fue cuestionada, ganó una nueva e instantánea legitimidad a través de la patriótica manifestación del pueblo americano, tras su proclamada “guerra contra el terrorismo”. Esa legitimidad interna reconquistada fue cuestionada a nivel internacional, después de las exitosas campañas militares en Afganistán e Irak, en tanto se desacreditaron las justificaciones dadas para la invasión de Irak, también se puso en duda la capacidad de Estados Unidos para sostener una ocupación prolongada y se desvaneció la visión de los pueblos “liberados” llenos de agradecimiento.

El “Imperio” puede ser una fantasía para cierta élite política estadounidense, la cual no es compartida de manera inequívoca por los líderes militares de ese país, ansiosos por conservar sus fuerzas, ni por el público en general con poca inclinación por una guerra agresiva y extensa y una ocupación en el extranjero de larga duración, misma que el poder corporativo estadounidense preferiría llevar a cabo por otros medios diferentes a los militares.

El poder económico detrás del “Imperio” es otra cosa. Como Roma, Estados Unidos absorbe los recursos del Imperio más allá de su territorio. El déficit comercial masivo y prolongado de Estados Unidos mide el grado de consumo de la producción externa. El déficit comercial estadounidense —y el creciente déficit presupuestario en el que está incurriendo el supuesto régimen imperial de George W. Bush— es financiado por un flujo de capital extranjero hacia ese país. Este edificio económico descansa sobre el “poder estructural” del dólar estadounidense como la principal divisa internacional, el predominio global de los mercados financieros estadounidenses y el con-

trol de las instituciones económicas internacionales. El *status* del dólar como divisa internacional otorga a Estados Unidos, como país deudor, el único privilegio de ser capaz de pedir prestado al extranjero en su propia moneda, lo cual significa que cualquier depreciación de esta divisa reducirá el valor de su deuda e incrementará la competitividad de las exportaciones estadounidenses.

El “poder estructural” en las finanzas globales ha puesto a Estados Unidos en condiciones de moldear la economía global a través de la influencia sobre otros Estados para que sus prácticas económicas sean acordes con el concepto y la práctica del capitalismo global estadounidense y adopten una forma común de pensamiento acerca de los asuntos económicos, lo que en francés es llamado “el pensamiento único” —*la pensée unique*— (el término “neoliberalismo” no expresa la ironía del francés).

El poder estructural de Estados Unidos en las finanzas descansa en la confianza —en el valor del dólar estadounidense y en la capacidad de la economía de este país de ser el motor de la economía global—. Sin embargo, la confianza, como la legitimidad, es una cosa frágil. Un factor más importante que pone a prueba la confianza que apuntala el “poder estructural” de Estados Unidos en las finanzas es su situación de deudor. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era la principal fuente de crédito para el resto del mundo; pero de 1977 a 1981, este país se transformó en el deudor más grande. Más adelante, primero Japón y después China tomaron el lugar de Estados Unidos como la fuente más grande de crédito para el resto del mundo. Cualquier amenaza de retiro de ese crédito y flujo de capital por parte de los países asiáticos podría precipitar una crisis.

El uso del “poder estructural” de Estados Unidos como medio de coerción para moldear las economías extranjeras ha generado resentimientos que disipan las bondades del “poder suave” del país. Cuando se presentó la crisis del este de Asia durante 1997-1998, Estados Unidos la sorteó de tal forma que las firmas europeas y estadounidenses fueron capaces de acaparar los activos asiáticos a precios muy bajos, mientras que los pueblos asiáticos sufrían un desastre económico. Esto afectó la confianza asiática en la naturaleza benigna del poder hegemónico de Estados Unidos y reforzó la determinación de sus gobiernos para obstruir la compra de la totalidad de las acciones de las economías nacionales. Tal experiencia dio tiempo a otras potencias financieras para pensar cómo construir su propia independencia “estructural” respecto a las tendencias unilaterales del dominio financiero estadounidense, y también para idear los medios para inducir a Estados Unidos para controlar su propio comercio masivo y los déficits presupuestales —para someterse al mismo tipo de “ajuste estructural” al que muchos países pobres han sido sometidos por el Fondo Monetario Internacional—.

Por su parte, China se ha convertido en el nuevo foco de atención del regionalismo económico asiático. Tanto China como Japón han diversificado su comercio y los flujos de capital hacia otros países asiáticos, como protección contra la dependencia extrema del mercado estadounidense. Ambos, además de otros países asiáticos, han intensificado sus discusiones respecto al comercio y la integración monetaria, así como a la construcción de una estructura institucional para sustentarlos. Ha habido un sentimiento creciente de identidad asiática entre los países y pueblos de la región, lo cual fortalece un naciente mundo plural, en contraste con el enfoque de civilización única del unilateralismo estadounidense.

La política financiera china, junto con la de Japón y otros países asiáticos, para continuar con la compra de bonos de tesorería estadounidenses, ha permitido a Estados Unidos continuar con su política de financiamiento al déficit no sólo de consumo doméstico, sino también de su expansión militar y la “guerra contra el terror”. Los oficiales del banco central chino recientemente han enviado algunas señales, poco sutiles, con el fin de reconsiderar la política de conservar la preponderancia de activos estadounidenses. Si los bancos centrales asiáticos depositaran sus reservas de dólares estadounidenses en euros y en activos asiáticos, el dólar podría desplomarse dramáticamente por debajo del moderado declive de finales de 2004 y las tasas de interés de la deuda del gobierno de Estados Unidos se incrementarían de manera brusca, disminuyendo su crecimiento y amenazando con la quiebra del mercado de valores.

En Europa, la adopción del euro, el establecimiento del Banco Central Europeo y la perspectiva de una mayor integración de los mercados financieros europeos son, *de facto*, pasos que conducen a la independencia respecto al dominio del dólar y a la consolidación de un mundo plural en materia financiera. La división entre lo que Donald Rumsfeld llamó “la vieja Europa” y Estados Unidos respecto a la Guerra en Irak y la aplastante oposición a este evento por la opinión pública europea, incluyendo a la de aquellos países europeos que formaron parte de la “coalición de buena voluntad”, ha estimulado un sentimiento de distinción de la identidad europea en la conciencia de estos países. La moneda, el euro, es su expresión simbólica. Por supuesto, la debilidad del área del euro, así como del regionalismo asiático, yace en la falta de una autoridad política central. Todavía, tanto en el caso asiático como en el europeo, el movimiento es sostenido y está impulsado por la experiencia del unilateralismo estadounidense.

El sistema estatal

El sistema estatal, aunque debilitado, es una estructura más consistente que el "Imperio" y está anclado de manera más firme en la memoria histórica y en los rituales y hábitos de las relaciones diplomáticas. El "Imperio" lo amenaza de manera seria, pero se está resistiendo conscientemente a su desaparición. Ha sido debilitado cuando Naciones Unidas —que ha sido el cuerpo institucional del sistema estatal de nuestro tiempo— se percibe como una agencia del poder estadounidense o que ha sido considerada "irrelevante" por Estados Unidos en la búsqueda del unilateralismo y la movilización de las coaliciones *ad hoc* para lograr sus propios objetivos fuera del organismo.

La fuerza de Naciones Unidas estriba en que ninguna potencia dominante puede controlarla, en que sus decisiones dependen del proceso de construcción de consensos en el cual todas las potencias tienen voz, incluso si en la práctica no tienen el mismo peso. Cuando la seriedad de ese proceso de consenso es dudoso y una potencia dominante muestra la inclinación a actuar sola o con la buena voluntad de otros fuera del contexto de Naciones Unidas, entonces este organismo se convierte en el juguete de los países abandonados e ignorados menos poderosos.

Un desequilibrio en el sistema estatal se produce cuando una "hiperpotencia" tiene una abrumadora influencia militar y económica y otras carecen de capacidad creíble para la acción militar colectiva y la independencia financiera. La reactivación de Naciones Unidas —y de manera más amplia, del proceso del multilateralismo— dependerá de que se supere esta falta de equilibrio. Esto puede suceder solamente cuando Estados más grandes adquieran una efectiva capacidad militar y económica, respaldada por la independencia financiera para actuar de acuerdo con los demás, y con Estados Unidos, desempeñando un papel como un poder estatal entre otros, aunque entre ellos se encuentre el más poderoso. Los proyectos actuales de reforma de Naciones Unidas sólo pueden resultar efectivos si se restablece una relación de poder balanceada en el mundo real.

La sociedad civil y el movimiento social

La sociedad civil, como un movimiento social global, es una cosa amorfa, pero no se descarta como una utopía efímera o ingenua. El movimiento social es una clase de poder diferente comparado con las otras dos configuraciones; no es territorial o transterritorial, jerárquico ni burocrático. Adopta

la forma de una fluida red que se compone, se descompone y se recompone, reaccionando a las otras dos configuraciones: el "Imperio" y el sistema estatal. La sociedad civil persuadió a Gerhard Schröder de que no debería ser reelecto como canciller de Alemania, a menos de que se opusiera al plan de Estados Unidos de invadir Irak. También les confirmó a los gobiernos canadiense y mexicano su decisión de oponerse a esta guerra y se manifestó contra la guerra en Italia y España, cuyos gobiernos, sin embargo, corrieron el riesgo de alinearse con Estados Unidos. Consecuentemente, el anterior gobierno español pagó el precio y ahora el gobierno italiano está comenzando a pagarlo. En Reino Unido, el consentimiento a la política estadounidense le ha costado caro a Tony Blair.

La debilidad del movimiento social es la razón de su fuerza: su abierto carácter no jerárquico, que hace difícil la acción coordinada y la definición de objetivos claros. El carácter informal y fluido del movimiento deja la puerta abierta a la infiltración de elementos extremistas y agentes provocadores, y también a la cooptación de fuerzas bien organizadas y financiadas, tanto internas como externas. El éxito del Foro Social Mundial que ha tenido lugar en Brasil e India, así como el de sus contrapartes regionales, se encamina hacia la superación de estas debilidades.

Canadá en el mundo

Me referiré ahora a la forma en que Canadá responde a esta propuesta de configuraciones de poder en el mundo. Los canadienses, a lo largo de su historia —que es, por supuesto, mucho más breve como nación que la de México— han tenido dos orientaciones distintivas. La primera, expresada en términos geográficos, era una orientación Este-Oeste, buscando, de un lado al otro del Atlántico, oportunidades comerciales y apoyo económico para mantener su independencia del poder emergente al sur de sus fronteras. Esto comenzó a cambiar a una orientación Norte-Sur durante la década de los treinta, los años de la Gran Depresión, cuando el flujo de las exportaciones canadienses de materias primas cambió para dirigirse a Estados Unidos. Éstas se incrementaron durante las décadas de la Guerra Fría, tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la creciente integración económica con Estados Unidos fue equiparada con la integración de las funciones militares y de inteligencia, en tanto Estados Unidos asumía el liderazgo del llamado "mundo libre".

La pregunta que surge es si la cambiante relación de Estados Unidos con el resto del mundo durante la posguerra fría tiene implicaciones para la

futura orientación tanto de Canadá como de México. ¿Ello significa que estos dos países deben buscar seguridad y bienestar económico plegando sus soberanías hacia un bloque militar y económico norteamericano centrado en Estados Unidos, en una posición defensiva hacia el resto del mundo? ¿O deben luchar por disminuir su dependencia, económica o de cualquier otra especie, con Estados Unidos, con miras a desarrollar sus relaciones con el resto el mundo sobre una base más global y menos exclusiva de Norteamérica?

Tenemos que reconocer que Canadá se ha convertido en una parte funcional del "Imperio". La actual dependencia de la economía canadiense respecto al comercio con Estados Unidos sitúa a los intereses globales de Estados Unidos en la cima de las preocupaciones de cualquier gobierno canadiense. La Organización del Tratado del Atlántico Norte y el Comando de Defensa Aérea Norteamericana (*North American Aerospace Defense Command*, NORAD), creaciones de la Guerra Fría, han contribuido en gran medida a integrar las limitadas capacidades militares y a los servicios de inteligencia en una estructura norteamericana. La creación, por parte de Estados Unidos, del *Northcom*, el Comando del Norte, anunciado de manera unilateral por el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, en abril de 2002, con jurisdicción sobre toda la región de América del Norte, agudiza la presión sobre Canadá y también sobre México para profundizar la integración militar. A esto se suma la propuesta del escudo de defensa antimisil. Lo mismo sucede con la presión que ejerce la "guerra contra el terror" para la integración de los servicios de inteligencia y policíacos, así como para los controles fronterizos. Algunos canadienses pertenecientes a las élites políticas y de negocios han tomado el siguiente paso en sus mentes: la "gran idea" de la negociación estratégica para aceptar un perímetro de seguridad continental, a cambio de un acceso seguro al mercado estadounidense que ha sido consagrado por la Fuerza de Tarea del Consejo de Relaciones Exteriores.

Como contrapeso a la absorción del "Imperio", la política de Canadá ha enfatizado su apoyo a Naciones Unidas, y las esperanzas para ese organismo mundial yacen en la reconstrucción de un sistema estatal efectivo. Esto es *realpolitik* para una potencia media. El reconocimiento de la soberanía en el contexto de una comunidad de naciones es un escudo contra el dominio inherente a una relación desigual de uno a uno. Me parece que esta consideración también ha sido importante en el parecer de los mexicanos. Ahora Canadá tiene un interés especial al afirmar que su soberanía en el Ártico, con el calentamiento global, puede convertirse en una gran ruta de transporte marítimo, y así podría concebirse en el contexto del sistema estatal y el derecho internacional. Ello sería una ilusión dentro de un perímetro de seguridad controlado por Estados Unidos.

La política del gobierno canadiense se ha ajustado a un desequilibrio inseguro entre los intereses económicos comprometidos en el comercio con Estados Unidos, el compromiso ético con la sociedad civil respecto a la paz, la asociación global y la *realpolitik* de una potencia media, defendiendo la soberanía nacional a través del multilateralismo. El naciente balance del poder mundial está forzando a un replanteamiento fundamental de la posición de Canadá, su carácter distintivo influye en la forma en que los ciudadanos de este país perciben su papel a futuro.

La sociedad multicultural de Canadá se ha convertido en un microcosmos del mundo entero. Ello no siempre ha derivado en relaciones pacíficas entre los canadienses. Los conflictos globales han sido reavivados en el interior de la sociedad canadiense —los conflictos respecto a Palestina y Cachemira, por ejemplo—, que en algunas ocasiones han terminado en actos violentos. El hecho de que en Canadá tales conflictos se hayan convertido en internos hace que los canadienses cobren consciencia de que el mundo es más amplio. La naturaleza multicultural de la sociedad se convierte en un estímulo en la penosa tarea de trabajar a través de las complejidades del sistema estatal, y es un elemento disuasorio para adoptar una forma simplista de ver las cosas de “una sola forma correcta”.

Dos metáforas se han empleado por mucho tiempo para referirse a las sociedades estadounidense y canadiense: el *melting pot* y el mosaico. La sociedad estadounidense absorbe a los inmigrantes y les infunde el “sueño americano” —con expectativas, aspiraciones y normas de conducta comunes—. En Canadá, tal vez inspirados por el pacto fundador entre los franceses y los ingleses, los nuevos grupos inmigrantes han tenido más probabilidades de retener su identidad cultural para formar parte de una sociedad más grande que ha sido descrita como una “comunidad de comunidades”. La mitología del asentamiento norteamericano podría ser *the American melting pot* y el mosaico canadiense.

Hace aproximadamente 40 años, un destacado sociólogo canadiense publicó un libro con el título *El mosaico vertical* (*The Vertical Mosaic*, Toronto University Press, 1965), y su mensaje fue que la inmigración ha creado una estructura de clase en Canadá constituida por los antiguos grupos británicos y franceses que se establecieron como miembros privilegiados y, más recientemente, los grupos inmigrantes situados en la parte baja del país.

De manera significativa, hace 40 años, en este relevante estudio de la sociedad canadiense, la población indígena, las primeras naciones, fueron marginadas hasta la ausencia. Más recientemente, el aspecto de la estructura de clase de la etnicidad y la cultura ha sido atenuado por el hecho de que los

individuos virtualmente dentro de todos los grupos étnicos al interior de la sociedad canadiense han logrado convertirse en miembros de los círculos de poder económico y político. Los pueblos indígenas tienen voz política y se han vinculado de manera solidaria con sus contrapartes en otros lugares del mundo, en forma directa y a través de Naciones Unidas. Particularmente desde los años de Trudeau, en las décadas de los años setenta y ochenta, la característica distintiva —el *ethos*— del multiculturalismo se ha generalizado como elemento sobresaliente de la identidad canadiense, y ello se ha convertido en la norma. Vancouver, Toronto y Montreal son, en diferentes sentidos, comunidades en las cuales los diversos grupos culturales viven uno junto al otro y tienden a desarrollar una mezcla creciente y extendida, en la cual se pide prestado culturalmente al otro, sin llegar a fusionarse.

Esto es tan cierto para Canadá francés como para Canadá inglés. La historia del nacionalismo de Québec es de transformación de una forma étnica a una geográfica y multicultural. La Revolución Silenciosa de Québec en los años sesentas trajo como consecuencia para la provincia un gobierno más nacionalista enfocado en el Estado, *l'état du Québec*, no en la etnicidad o la religión. Los haitianos y los africanos francófonos —y también los quebequenses anglófonos con deseos de fusionarse en una entidad francófona— ahora son aceptados como participantes de una nación quebequense.

La coexistencia de culturas, no por asimilación en un modelo *standard*, sino por el disfrute mutuo de la diversidad, es la forma naciente de la idea pancanadiense. Esta es la contraparte interna a la evolución geopolítica de un mundo plural.

Valores

La idea del pluralismo entre los pueblos y las culturas ha ganado aceptación de manera más amplia en el mundo. La sociedad civil en Europa Occidental ha imaginado que Europa, como un todo, ha trascendido los viejos conflictos entre las naciones que la conforman, aceptando la diversidad cultural en tanto persisten las suspicacias en torno a centralizar la autoridad. En esta lógica, el consenso será logrado a través de una cautelosa elaboración del derecho y las instituciones transnacionales europeas. Además, la naciente entidad europea y las entidades nacionales que la componen tienden a concebir el orden político mundial de manera similar, como una búsqueda de consenso y elaboración del derecho internacional. Esto no es solamente un asunto de preferencia moral, sino que se trata del interés de la entidad europea y de las

partes que la componen para moldear el orden mundial, a fin de preservar la autonomía de Europa y los Estados europeos en la política mundial.

En Asia, el surgimiento de un sentido colectivo de identidad tiene que superar incluso experiencias recientes que quedaron grabadas en la memoria, en especial el trauma que sufrieron China y Corea por la expansión imperial japonesa de los años treinta a los cuarenta, la violencia que experimentó la diáspora china en algunas partes del sur de Asia en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Vietnam y el conflicto en Cachemira y en el subcontinente indio. Un creciente sentido común de identidad asiática, sustentado en una agitada economía regional, estimulado por un resentimiento contra los imperialismos del pasado y la reciente experiencia de la coerción económica, da a Asia el potencial de convertirse en un centro de poder mundial consciente de su diferencia respecto a otras identidades regionales. Japón, por supuesto, como Reino Unido en Europa, debe habilitar su compromiso con la idea regional, insistiendo en una "relación especial" con Estados Unidos; pero en la práctica económica, sigue el patrón asiático. Los asiáticos, como los europeos, están obligados a rechazar la visión del mundo de "una civilización".

Mientras tanto, Estados Unidos se ha estado moviendo en dirección opuesta, hacia un concepto unipolar del mundo que ha emergido de los conflictos globales de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, como el modelo del orden económico, social y político, con la misión de transmitir sus valores y su orden al resto del mundo, ambos en beneficio de los otros pueblos, a fin de asegurar su propio estilo de vida. En parte, esta evolución de los valores estadounidenses ha sido impulsada por el colapso del poder soviético y la visión de que éste ha permitido que el estilo americano sea el "final de la historia", más allá del cual no es concebible ningún cambio fundamental. En parte, esto surge del cambio de poder interno en Estados Unidos, el cual ha pasado del noreste, con su vínculo histórico con Europa y el pensamiento europeo, al suroeste, más susceptible a la idea del "excepcionalismo" estadounidense y más impregnado de las certidumbres del fundamentalismo cristiano, como la *absoluta y evidente naturaleza del bien y el mal*.

Esta convicción de ser los portadores de una misión histórica excepcional se expresa en la paradoja que combina un aislacionismo cultural atávico con un expansionismo mesiánico, defendiendo la pureza de la propia cultura, en tanto se fusionan para convertir a otras culturas. Ello ha conducido al liderazgo estadounidense, con el consentimiento público, a rechazar la ratificación del Protocolo de Kioto respecto a la protección ambiental, el tratado para abolir el uso de minas terrestres y la Corte Penal Internacional. El "excep-

cionalismo” estadounidense afirma, en la práctica, que Estados Unidos no es un Estado como todos los demás y que los oficiales estadounidenses, los agentes de esta responsabilidad especial, no pueden ser sujetos de otra ley que no sea la estadounidense. Hay dos visiones diferentes del orden mundial: una estadounidense; y la otra, afín a los europeos, los asiáticos y buena parte del resto del mundo. Esto no es sólo un asunto de gobiernos con políticas diferentes. Si fuera así, podría esperarse sólo un realineamiento hacia el consenso y el cambio de los gobiernos. Es más, sería una tendencia a largo plazo sobre la forma en que piensan los pueblos sobre sí mismos y sobre el mundo. Finalmente, la política gubernamental encuentra su apoyo—su legitimidad—en la visión mundial fundacional de la cultura popular.

La elección presidencial más reciente de Estados Unidos, que ha sido agotada en cuanto al tema de los valores, sugiere que hay una bifurcación fundamental en la sociedad estadounidense: que existe un núcleo central—que los estadounidenses llaman el “corazón” (*heartland*)—que encarna el excepcionalismo estadounidense; y una periferia que corre a lo largo del noreste, la región de los Grandes Lagos y la costa oeste, donde los valores del pueblo corresponden de manera más cercana a aquellos de los europeos e incluso de los canadienses, y es aquí donde yo preguntaría si no debo incluir a los mexicanos.

En Estados Unidos hay, con certeza, residuos del idealismo de los derechos civiles, la oposición a la Guerra de Vietnam, y los movimientos feminista y ambientalista de los años sesenta. Pero la tendencia dominante ha ido más allá, regresando tanto al idealismo contestatario de los años sesentas y al mucho más reciente compromiso cívico que Tocqueville destacó como la característica más sobresaliente de la democracia estadounidense durante su visita a mediados del siglo XIX. Esto conduce al rechazo de la apertura del cambio, la flexibilidad y la diversidad que algunas otras sociedades industriales han comenzado a adoptar.

En el balance de las fuerzas mundiales, Europa Occidental está debilitada por su postura militar frente a Estados Unidos y, a largo plazo, por su declive demográfico; pero los valores europeos están fortalecidos por la idea de que un mundo plural es compatible con los pueblos de otras partes del mundo y con sus gobiernos—con Rusia por ejemplo que, como Europa, está amenazada por el declive demográfico, y con China e India y otros países asiáticos con población en crecimiento y resentidos contra las pretensiones universalistas del liderazgo estadounidense. Los latinoamericanos se ven a sí mismos como miembros poco dispuestos a formar parte del Imperio americano. El compromiso unilateral de Estados Unidos con Israel en el conflicto con Palestina ha hecho que el primer país sea antagónico no sólo al mundo

árabe e islámico; más allá de la forma en que tales sentimientos son reflejados a través del sistema estatal, el movimiento social global movilizado ha articulado una oposición a la visión del "Imperio". Detrás, está el concepto de un mundo plural que tiene un "poder suave" acumulado a fuerza de confrontar el "poder duro" de la coerción militar y económica.

La elección

Es común concluir un trabajo señalando que estamos en un momento de elección crítica; pero hay razones especialmente buenas para reflexionar sobre el curso a futuro, tanto de Canadá como de México. El problema de la elección ha sido forzado en ambos países por la forma en que el Estados Unidos de George W. Bush confronta no sólo a Canadá y a México, sino al mundo entero.

La elección presidencial más reciente demuestra que los valores, actitudes e intereses básicos encarnados en el gobierno estadounidense hoy representan una realidad histórica perdurable que no puede ser considerada accidental o como el resultado de un fraude electoral. Se trata de la mayoría real estadounidense que enfrenta el resto del mundo. Ciertamente, esto difiere del Estados Unidos que muchos de nosotros conocemos personalmente a partir de nuestros contactos en grandes universidades, en el noreste, la costa oeste y en la región de los Grandes Lagos. Que Estados Unidos, ahora en el margen y no en el núcleo, se mantiene como un amigo de gran valor. Necesitamos permanecer cerca de él, para alentarlos a no ser tentados de plegarse hacia la nueva corriente principal, en un compromiso que los deshabilite, esperando volver a ganar algo de su antigua influencia; pero no debemos hacernos ilusiones sobre su capacidad de revertir el presente curso en el futuro próximo.

Una visión recurrente articulada a partir de algunas posiciones de poder e influencia en Canadá es que el realismo dicta el consentimiento en las políticas estadounidenses hacia el resto del mundo a través de la creciente integración económica, militar y de inteligencia con Estados Unidos—la "gran idea" a la que me he referido. Cualquier elemento adicional, se nos ha dicho, sería puro romanticismo. Este es un término bastante corto para tomar en cuenta las trayectorias históricas en Estados Unidos, en el resto del mundo y en la naturaleza evolutiva de Canadá (no puedo hablar por México)—y que podemos denominar, en contraste, "realismo histórico".

Estados Unidos continúa siendo la potencia militar y económica dominante en el mundo. El balance en su poder ha ido cambiando hacia la depen-

dencia en capacidad militar, policiaca y de inteligencia, en tanto sus déficits presupuestarios y de cuenta corriente, continuos y masivos, ponen en entredicho el poder estructural constante del dólar estadounidense en el mundo financiero y de éste con la estabilidad económica global. La búsqueda continua de las actuales políticas estadounidenses, tanto militar como económica, está poniendo a prueba la confianza de los extranjeros, mientras el país tiene que contar con los extranjeros, principalmente chinos y japoneses, para apuntalar el dólar. Al mismo tiempo, el poder militar está demostrando los límites de su utilidad. El poder militar estadounidense puede aniquilar a un país, pero no puede gobernarlo, y el establecimiento efectivo de los regímenes clientelares es problemático. A medida que Estados Unidos se confía en el poder militar, pierde la influencia del “poder suave” que fue tan efectivo alrededor del mundo en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. A pesar de este abrumador poder militar y económico —y en gran medida debido a la forma en que ha sido usado—, Estados Unidos se está convirtiendo en menos que una potencia de lo que solía ser en cuanto a su capacidad para influir y guiar a otros países.

Mientras tanto, el poder, en particular el poder económico, pero también el “poder suave” de respeto y emulación, está surgiendo en otras regiones, notablemente en Europa y Asia. El euro está confiado en sí mismo para desafiar el papel internacional del dólar o para ser el refugio de un dólar menguante; y la cooperación comercial y financiera con la naciente región económica de Asia pone a esta región a la par de Estados Unidos y Europa.

Los canadienses y los mexicanos deben reflexionar sobre si desean ser incorporados en un bloque estratégico y económico norteamericano que limitaría sus horizontes a uno de los tres centros principales de poder mundial, al tiempo que el centro, Estados Unidos, se distancia en acción y valores de buena parte del resto del mundo. Aferrarse a esto sería un acto de aislacionismo inconsistente con el pluralismo en evolución de sus sociedades e inconsistente con sus papeles potenciales en el mundo.

El progreso de Europa, a pesar de los costos de la integración de Alemania del Este y de otros países de Europa Central y Oriental —y ahora posiblemente de Turquía— en la Unión Europea, es difícil en el presente pero promisorio para el futuro. El euro se está fortaleciendo en relación con el dólar. Tal vez una mejor oportunidad, tanto para Canadá como para México, está en Asia. El reto es no dejarse asustar por la competencia asiática, desarrollar actividades que son complementarias para las economías asiáticas y europeas en expansión, y dar la bienvenida a la participación en un mundo plural de civilizaciones en coexistencia.

Esto no requiere necesariamente desvincularse de Estados Unidos. Debería significar un cambio en el énfasis hacia Europa y Asia. Obviamente, aquellos intereses en Canadá y México que se han vuelto cómodamente dependientes del mercado estadounidense deberían ser la voz en sus demandas y quejas —y son grandes intereses—. Quienes toman la iniciativa de explotar los mercados asiáticos y europeos deberían adoptar menos el papel de voz al quejarse, y ser más activos al explotar nuevas oportunidades. Debería haber algunos esfuerzos, junto con trabajo duro y satisfacción compensatoria en el cambio.

De manera más específica, la apertura al mundo entero corresponde a la naturaleza naciente de nuestras dos sociedades. Los canadienses —y soy atrevido al pensar en los mexicanos— quieren estar inmersos en todos los rincones del mundo y ser parte de la experiencia de la diversidad en desarrollo. Si el tema global es la libertad tal como George W. Bush la proclama, entonces canadienses y mexicanos tendrían la oportunidad de ser realmente libres: libres hasta de ser diferentes.